

SAN JOSE, COSTA RICA

10 Noviembre 1912

Año II



Núm. 45

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCÓ, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

Entre dos evoluciones.....	<i>Anselmo Lorenzo</i>
Historia de las ideas morales.-X. Moral judaica... ..	<i>Paul Gille</i>
La doctrina racional del siglo XX.—I. Unidad de la materia, de la fuerza y del espíritu.....	<i>Aristide Pratelle</i>
Aspecto médico-social de las infecciones sexuales en el matrimonio	<i>Dr. J. Aguadé Miró</i>
El título.....	<i>Antonio Zozava</i>
Fragmentos.....	<i>Varios</i>

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA
Imprenta Alsina

Hemos recibido y tenemos ya a la venta, la bella obra

MARIA

del escritor colombiano Jorge Isaacs, uno de los más afortunados prosistas de la América, que tan alto nombre pudo alcanzar en la literatura universal. La insistencia con que esta novela es solicitada en donde quiera que el habla castellana campea, se explica por el alto interés sentimental que ella representa. Ese compendio de amor y de infortunio, vivirá mientras no muera el sentimiento que le ha dado origen.

La vendemos en tomos lujosamente empastados de los de la Biblioteca Domenech, a **cuatro reales** cada uno.

Puntos de venta.—En SAN JOSE, Librería Falcó, 7ª Avenida, Este, 247 y Barbería Española; PUNTARENAS, Juan Bta. Romero Casal; ALAJUELA, Calvo Fernández & Cº; NARANJO, Demetrio Cordero; HEREDIA, Rafael J. Elizondo; SANTO DOMINGO, R. Chaves; ESCASÚ, José J. S. Aguilar; ATENAS, Tomás Venkins.

Dirección: 7ª Avenida, Este, 247 — **PETIT PARIS**

Acusando recibo

Tres nuevos volúmenes, que acaban de publicar, nos han remitido los editores valencianos señores F. Sempere y Compañía, que por los asuntos de que tratan y por las firmas que los avaloran, así como por su nutrido texto y presentación, bastarían a acreditar a una casa editorial que no tuviera su fama tan bien cimentada como la de los activos señores F. Sempere y Compañía.

Cuestiones sociales, por Ricardo Mella.

El autor trata de los problemas sociales desde el punto de vista científico y positivo en el terreno más avanzado, leyéndose sus trabajos con verdadero deleite, tanto por la corrección de la forma como por la profundidad y solidez de la doctrina.

Todos los estudios que integran *Cuestiones sociales* son a cual más sugestivos, pero el que descuella entre todos, el que atrae poderosamente la atención del lector y la subyuga, es el relato, emocionante por su misma sencillez, del proceso y ejecución de los mártires de Chicago.

Tesis, por G. Tiberghien, traducción y prólogo por H. Giner de los Ríos.

Guillermo Tiberghien, ilustre profesor belga, ha encontrado digno traductor de una de sus más notables producciones en el señor Giner de los Ríos, uno de los que figuran

con justicia en la vanguardia del intelectualismo español.

Si dignos de alabanza son los editores porque con su inexplicable economía ponen al alcance de las clases más modestas obras que contribuyen a la difusión de conocimientos tan superiores al nivel general de la cultura patria, no lo es menos el señor Giner de los Ríos, que además de poner al servicio de la obra sus relevantes méritos literarios, la avalora con un hermosísimo prólogo.

Sordello Andrea (novela de la vida interior), por Alberto Nin Frías.

En esta novela, que es una de las más importantes obras del autor, asiste el lector al desarrollo y definitiva formación de un alma bien templada para los combates de la vida por medio de una educación racional y sólida. El relato es ameno e interesante.

Estos libros llevan en la cubierta el retrato de su respectivo autor y se venden a **cuatro reales** el tomo en todas las librerías.

En uno de los números próximos nos ocuparemos más detenidamente de tan interesantes obras.—Ad.

REGENERACION, de Los Angeles (California), está preparando un hermoso número extraordinario para el primero de enero próximo. Constará de ocho páginas y estará ilustrado por Sagristá.

San José, Costa Rica

10 Noviembre de 1912

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 45

Entre dos evoluciones

Un sabio francés, al servicio del jesuitismo y en pugna con la humanidad, tuvo la osadía de proclamar la bancarrota de la ciencia, lo cual demuestra que hay sabios que ignoran las nociones fundamentales de la dignidad y son capaces de cambiar la verdad por las gangas de una posición.

Mucho se ha discutido tan atrevido concepto: tarea inútil; siempre ha de quedar patente que la ciencia, como conocimiento cierto que es de las cosas por sus principios y sus causas, y agrupación en cuerpos de doctrina metódicamente formados y ordenados de los conocimientos que constituyen ramas particulares del humano saber, no puede quebrar jamás; pero ninguno de los contradictores del famoso Brunetiere tuvo energía suficiente para elevar la réplica a la altura de castigo merecido, proclamando a su vez con perfecto derecho y absoluta justicia la bancarrota de la revelación.

En efecto, pueden haberse desvanecido muchas hipótesis teóricas tenidas por ciertas ante la demostración patente de los hechos suministrada por la observación, y si se quiere por descubrimientos casuales, que a esto y nada más que a esto se refiere la supuesta bancarrota de la ciencia, pero nada de lo que constituye conocimiento positivo o ley general comprobada ha perdido un átomo de su prestigio; en cambio, la gran hipótesis, la que invocaron e invocan constantemente todos los ignorantes del mundo, aquella hipótesis innecesaria de que habló La-

lande contestando a Napoleón cuando le echaba en cara que nunca hablaba de Dios, el Dios creador y conservador, en una palabra, pierde terreno cada día a medida que los conocimientos adelantan; digan cuanto quieran los que se empeñan en establecer imposibles concordancias entre las fábulas genesiáticas y las verdades científicas.

La quiebra de la revelación, considerada desde el punto de vista histórico y social, es espantosa: el amaos los unos a los otros, para las mismas naciones cristianas, muy distantes de comprender el mayor número de los vivientes, se traduce por guerras perpetuas, internacionales y civiles, en que el arte y la ciencia de matar han alcanzado una perfección casi capaz de despoblar al mundo; y cuando no con las armas se produce ruina y muerte por la imposición de alianzas que parecen asociaciones de malhechores, o con tratados comerciales que son verdaderos pactos leoninos, o con leyes expoliadoras o de excepción que ponen el patrimonio universal en manos de los privilegiados, dejando a los trabajadores reducidos a la condición de parias y el derecho general de los ciudadanos a merced de las más absurdas extralimitaciones autoritarias.

La sociedad de los individualistas, agotada toda la savia que pudo alimentarla, toca a su término. Y esto no es fraseología: ahí están los hechos que lo demuestran con toda evidencia: sus religiones, satisfacción dada a la ignorancia por si se le ocurre curiosear

sobre la existencia del universo, a la vez que prolongación extraterrena del egoísmo, inspirada en la mezquina idea de alcanzar el *dolce farniente*, oyendo la música celestial; sus constituciones políticas, sistemas incongruentes basados en la necesidad de que unos obedezcan porque se les supone malos, para que otros manden, legislen, gobiernen y dirijan, aunque mandarinés, legisladores, gobernantes y directores nunca probaron ser mejores; sus instituciones jurídicas, eternas continuadoras de las preocupaciones, errores y crímenes de primitivos o antiquísimos usurpadores; sus organizaciones de trabajo, distribución de producto, cambio y propiedad, que tienen por fundamento el fraude y por objeto la expoliación del productor; su moral trasnochada, sanción de las causas del mal existente impuesta por dogmatizadores que fingen relaciones extraterrenas y conservada por irreflexiva rutina; todo descubierto ya, incapaz de sostenerse, manifiesto engaño, falacia insoportable e insostenible, sangrienta hipocresía, se desmorona, se hunde, porque a nadie satisface, nada garantiza y todo y a todos deja expuestos a esa enfermedad social llamada la lucha por la existencia, que ha dejado ya de ser una explicación teórica de la vida para convertirse en una declaración de impotencia en boca de los privilegiados, y en una acerba y cruelísima censura en la de los desheredados revolucionarios.

La sociedad de los comunistas se acerca, con su régimen social de solidaridad, de apoyo mutuo, de amor, que dé a todos los individuos el medio de desarrollar todas las facultades, a fin de obtener un mundo de nuevas energías confundido en el concierto universal de las voluntades. La ciencia, positivismo humano, substituye a la

revelación, superchería mística; la sociología, agregado metódico de conocimientos, reemplaza a la teología, arlequín de milagros, misterios y tradiciones.

Estamos, pues, en el término de una evolución y en el principio de otra; hemos llegado al final de la primera etapa; necesario es comenzar bien la segunda.

Entiendo por primera etapa la negación de los dogmas; la desobediencia a los poderes; la disolución de las categorías, y consiguiente elevación a la igualdad social y a la participación de todos los tiranizados y desheredados en el patrimonio universal, conjunto de riquezas naturales y de las acumuladas por el trabajo de todas las generaciones; y por segunda, el futuro régimen de paz y concordia por la conformidad de intereses despojados de toda levadura atávica.

La Revolución social, la única, aquella ante la cual las llamadas revoluciones en la historia no pasan de episodios revolucionarios, camina rápidamente hacia su término, teniendo por principales agentes los proletarios, los jornaleros, los descendientes de los esclavos y siervos, aquellos a quienes Marx dió conocimiento de su fuerza y Bakounine la inspiración del ideal.

No lo olviden aquellos trabajadores que se quejan inútilmente de su miseria, los que luchan contra la burguesía para arrancarle mejoras transitorias, los que buscan en la cooperación una emancipación ilusoria ni los que, desconfiando de su valer individual, despojándose de su iniciativa y aun de sus céntimos, se agrupan a la sombra de un santón de falso prestigio.

¡A la historia la evolución que perezca! ¡A la vida la evolución dichosa de lo porvenir!

ANSELMO LORENZO

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

Historia de las ideas morales

X

Moral judaica

Los hebreos, por la Biblia, han ejercido una acción importantísima en la historia de la civilización y en la evolución de la moral, sobre todo de nuestra moral europea. Es inútil hacer notar aún el carácter relativamente moderno de la moral bíblica, que no remonta, como teoría escrita, a más de diez siglos antes del cristianismo, y que no ha tomado su forma definitiva hasta 458 años antes de la era vulgar, en la época en que la segunda colonia judía volvió del cautiverio de Babilonia, y en que Esdras, su jefe, compilador hábil y reformador genial, clasificó las leyendas judaicas, y bajo el pretexto del hallazgo de los libros de Moisés dulcificó el jehovismo y le hizo apto para conquistar el mundo.

El judaísmo fué esencialmente una religión materialista. Al primer aspecto parece que el *Génesis* principia por un dualismo. Dios y la Materia. Ese dualismo, como lo observa Brothier, es aparente: lo que hay, desde el principio, es la materia ininteligente y ciega, el caos, y la materia inteligente o divina; en una palabra, es la materia y nada más que la materia. Siendo todos sus actos materiales, ¿cómo dudar que el Dios de Moisés sea material él mismo?

Lo propio del materialismo consiste en no afirmar como real sino lo que cae bajo la acción de los sentidos. De todas las cosas que conocemos de ese modo, la más perfecta es el hombre. Nada existe sobre el hombre, porque nada aparece con tal superioridad. ¿Qué podemos hacer para obtener un tipo de perfección? Sencillamente aumentar, desarrollándolas por nuestra imaginación, las cualidades humanas, atribuyéndolas a un ser que llegará a ser así nuestro ideal y nuestro modelo antropomórfico.

Basta recorrer los libros judíos para

convencerse de que Dios no habla y obra en ellos más que como un hombre; no como un hombre de nuestros días, sino como un hombre de aquellos tiempos de ignorancia y de barbarie, que algunos fanáticos se esfuerzan en transformar en ángel de inocencia y dulzura. Ciertamente que Jehová valía un poco más que sus adoradores, puesto que era para ellos objeto de adoración, pero un príncipe que hoy se le pareciera, que ordenara las mantanzas y las abominaciones de toda especie que ordenó, sería objeto de execración pública.

He pronunciado la palabra príncipe, y en efecto, Jehová no era más que el príncipe invisible de los judíos. Resulta evidente de sus escritos que Moisés reconocía la existencia de una multitud de otros dioses. Cada pueblo tenía el suyo, pero el Dios de Israel era el mayor de todos: había fabricado la tierra, cuya había de ser. Los otros dioses eran usurpadores a quienes había de combatirse por su orden, pero que habían de ser forzosamente reconocidos algunas veces. Tal es, entre muchos ejemplos, lo que sucedió a Jefté, uno de los primeros sucesores de Moisés, cuando enviando embajadores al rey de los ammonitas le dirigió estas notables palabras: «Lo que posee vuestro dios Chamos, ¿no es legítimamente vuestro? Por la misma razón, ¿lo que Dios ha conquistado, no debe pertenecernos?» (*Jueces*, XI, 24). Esos dioses de las naciones extranjeras tenían sus profetas y hacían milagros ni más ni menos que el dios de Israel. Hacíase preciso, cuando se podía, degollar sus profetas o al menos oponer a sus prodigios otros más maravillosos todavía.

Se ha extrañado no encontrar jamás en la Biblia una sola alusión, siquiera remota, a la vida futura, es decir, a la

continuidad de la conciencia; pero no podía ser de otro modo: para el materialismo, la conciencia, la memoria, la inteligencia, no son sino el resultado de la función de ciertos órganos. Cuando estos órganos se separan o se disuelven, la conciencia y la memoria se anonadan necesariamente. Tal es además lo que formalmente ha enseñado Salomón, el único filósofo que quizá haya producido la antigüedad judaica.

Después, algunos sectarios, los fariseos, trataron de elevar una tímida protesta en favor de los principios del espiritualismo, mientras otra secta, la de los alsenios, de donde salió Jesús, se inclinaba hacia la tradición del panteísmo oriental; pero todo ello no pasó de simples tentativas, y la filosofía dominante, lo mismo que la religión, no cesó de conservar ese carácter materialista de que la raza judía, siempre ocupada en operaciones comerciales y bancarias, ha conservado la indeleble marca.

Examinemos ahora la ética procedente de esta filosofía y de este pensamiento religioso; estudiemos la moral hebraica tal como nos ha sido transmitida por el *Pentateuco*, por los *Proverbios* llamados de Salomón y por los sublimes cantos de Isaías.

La moral primitiva del pueblo de Jehová no defiere apenas de la que la necesidad y la fuerza de las cosas han impuesto a todas las grandes sociedades primitivas.

He ahí el célebre *Decálogo*, del que se ha hecho, desde hace diez y seis siglos, la base de toda moral, aunque no sea superior a las más antiguas promulgaciones morales de la India y de Persia, y que sea con mucho inferior al *Ritual Funerario* de los egipcios, que le es anterior de más de dos mil años.

«Yo soy el Eterno tu Dios, que te he sacado de Egipto y de la casa de servidumbre.

»I. No tendrás otros dioses delante de mí.

»II. No te harás imagen tallada,

ni representación cualquiera de las cosas que están arriba en los cielos, ni abajo sobre la tierra, ni más bajo que la tierra en las aguas. No te prosternarás delante de ellas y no les servirás; porque yo, el Eterno tu Dios, soy un Dios celoso que castiga la iniquidad del padre sobre los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de aquellos que me odian, y que hace misericordia a la milésima generación a aquellos que me aman y que observan mis mandamientos.

»III. No tomarás el nombre del Eterno tu Dios, en vano; porque el Eterno no dejará impune al que tome su nombre en vano.

»IV. Acuérdate del día del reposo para santificarle: trabajarás seis días y harás todo tu trabajo. Pero el sétimo día es el día de reposo del Eterno tu Dios; no harás ninguna obra, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu servidor, ni tu servidora, ni tu ganado, ni el extranjero que está en tus puertas. Porque en seis días el Eterno ha hecho los cielos y la tierra, el mar y todo lo que contiene, y se reposó el sétimo día. Por eso el Eterno ha bendecido el día del reposo y le ha santificado.

»V. Honra a tu padre y a tu madre para que tus días se prolonguen en el país que el Eterno tu Dios te da.

»VI. No matarás.

»VII. No cometerás adulterio.

»VIII. No hurtarás.

»IX. No darás falso testimonio contra tu prójimo.

»X. No ambicionarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su servidor, ni su servidora, ni su buey, ni su asno, ni ninguna cosa que pertenezca a tu prójimo.»

Prescindamos de los primeros mandamientos: son puramente religiosos; tienen por objeto el dios celoso que castiga sobre los hijos, hasta la cuarta generación, las faltas de los padres.

«Dios bárbaro — dice Arreat — que pasaba al filo de la espada los pueblos que se hallaban sobre el camino de su pueblo, y que hería a los filisteos con

enfermedades secretas para obligarles a ofrecer a sus sacerdotes montones de oro.»

Vienen después los preceptos que hallamos en todas partes en las morales primitivas: «No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No darás falso testimonio contra tu prójimo.»

La misma veneración ordenada para los padres carece de originalidad, excepto la razón que apoya el consejo, «para que sus días se prolonguen», que es una excitación materialista al interés bien entendido.

Hay, sin embargo, una prescripción nueva en el *Decálogo*, la que impone, después del trabajo semanal, el descanso sabático. Es una ley humana, y en la Biblia hallamos otras del mismo orden. Debido a esas atenciones humanitarias, que desde el *Exodo* y el *Levítico* hasta los *Profetas* se acentúan cada vez más, el pueblo hebreo ocupa un lugar honroso entre las antiguas razas.

Nótese, no obstante, que en el precepto sabático el ganado pasa antes que el extranjero: de tal modo el jehovismo (y esta es una de sus tasas fundamentales) es estrechamente nacionalista. Y por tanto, el prójimo de que habla el *Decálogo* sólo comprende a los nacionales.

Nótese también que el décimo mandamiento parece no referirse más que al *propietario*, y pone en el número de las cosas expropiables, con el ganado y las riquezas, la mujer y los servidores.

La ley jehovista es además dura para la mujer. El padre, por ejemplo, tiene el derecho de vender su hija. Tampoco es esa ley dulce para la esclava, rebajándose a veces al nivel de los códigos más bárbaros, pues el legislador hebreo declara que el amo que haya matado a palos a su esclava no será castigado si la esclava ha sobrevivido un día o dos, *porque es su dinero*. «Como se ve—dice Julio Baissac—, Jehová usaba ya muchos miramientos con el dios Mammon, destinado a suplantarle.

Ha de reconocerse, sin embargo,

que la reducción del esclavo al estado de animal, que puede torturarse y matarse, forma parte del derecho antiguo. El mismo «divino» Platón escribe: «Si un esclavo se defiende y mata un hombre libre, debe ser tratado como un parricida.»

La justicia de Israel es de una concepción completamente primitiva y simplista: está basada sobre la compensación, y los daños materiales sólo se castigan por compensaciones materiales; pero no hay compensación pecuniaria posible para el homicidio, y en ese caso, el sistema va lejos: «Si ocurre un incidente, darás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, contusión por contusión.» La ley del talión, progreso sobre la simple venganza, y tan característica de la moral hebraica, que durante mucho tiempo se ha atribuído a los hebreos el honor de haberla inventado; pero ley bárbara que ya el gran trágico Esquilo iba a condenar en la escena de Atenas.

Sin embargo, la ley distingue entre los asesinatos, y hay, dice Ledrain, ciudades de refugio para el homicida sin premeditación ni alevosía.

Hay también leyes cuidadosas de humanidad, y en este concepto la ley, la *thora*, es superior a la mayor parte de los códigos primitivos. Esta legislación severa suele dulcificarse respecto de los hermanos de Israel, y manda, en el círculo fraternal pero cerrado de la nación, el amor a los pobres, la limosna, el perdón septenal de las deudas y el préstamo sin interés.

Prohíbe injuriar al sordo y tropezar con el ciego. Impone el amor al prójimo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» Pero entiéndase que se trata del prójimo israelita. El cristianismo de los gentiles generalizó después la máxima.

Cada siete años el esclavo tiene la facultad de emanciparse, cada siete años tiene la tierra su año sabático, y du-

rante el año séptimo sus productos espontáneos pertenecen a los pobres, a los huéspedes extranjeros, lo mismo que al propietario.

Notable es también la ley del *iobel*, de jubileo, que es muy especial para el israelita. Cada cincuenta años los bienes alienados deben volver a sus antiguos poseedores: no se compra para la eternidad.

Algunos mandamientos están impregnados de ese heroísmo moral que condena el «sabio» Confucio: «Si encuentras perdidos el buey o el asno de tu enemigo, concúcelos tú mismo a su casa. Si ves al asno del que te odia abatido bajo su carga, no le dejes allí, ayúdale a llevarla.»

Por lo demás, conforme al espíritu hebraico, la sanción de esas leyes es exclusivamente material. Toda la Biblia está llena de amenazas de servidumbre o de abandono a los prevaricadores y de promesas de riqueza y de prosperidad a los fieles observantes.

No se encuentra en ella ninguna idea de derecho, porque «el semita es un esclavo a quien Jehová manda y castiga», en tanto que el ario, como dice D'Asier, más razonador, más penetrado del sentimiento de la dignidad humana, se eleva a la noción del derecho, que equilibra en él la noción del deber. Basta recordar la obediencia monstruosamente sugestiva de Abraham para percibir la diferencia psicológica y moral que, según Baisac, separa la raza de Prometeo, el raptor del fuego celeste, de aquella cuyo Dios no tenía más ley que su voluntad, y que ha podido decir sin suscitar ninguna reclamación: «Soy yo quien produce el bien y crea el mal; yo soy el amo que ha hecho todo.»

Pasaremos rápidamente sobre los *Proverbios*, que atestiguan elevadas preocupaciones morales, en concordancia con los más altos preceptos de moral que nos ha revelado el *Pentateuco*, objeto de nuestro presente estudio.

Pero sí, como quería Fourier, debe

juzgarse un pueblo por la condición en que en él vive la mujer, los hebreos no nos parecerán muy elevados en la escala moral. La mujer, entre ellos, no era más que una cosa, una esclava, un ser menor e impuro. La mujer es la perdición del hombre en las leyendas hebraicas; sobre este punto el *Talmud* no va a la zaga de la Biblia. Los escritores cristianos tampoco se han quedado cortos, en tanto que fuera del mundo judeo cristiano apenas se encuentra más que Aristófanes para hablar así de las mujeres.

Respiramos más ampliamente en el profetismo y sobre todo en Isaías, cuyas sublimes y ardientes poesías son seguramente las de un iniciado, y de un iniciado de genio.

Isaías, el inmortal Homero semítico, comienza por idealizar el culto:

«¿Qué tengo yo que ver con la multitud de vuestros sacrificios?, dice el Eterno.

»Estoy harto de holocaustos, de corderos y de la grasa de los becerros;

»No me place la sangre de los toros, de las ovejas ni de los carneros.

»Cuando os presentáis delante de mí, ¿quién os manda manchar el pavimento?

»Cesad de traerme vanas ofrendas.

»Aborrezco el incienso;

»Las lunas nuevas, los sábados y las asambleas;

»No puedo ver el crimen sentarse en las solemnidades.

»Mi alma odia vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas;

»Me son pesadas;

»Estoy cansado de soportarlas.

»Cuando extendéis las manos separo mis ojos de vosotros;

»Cuando multiplicáis vuestras plegarias no os escucho.

»Vuestras manos están llenas de sangre.

»Lavaos, purificaos.

»Quitad de delante de mis ojos la malicia de vuestras acciones.

»Cesad de hacer el mal.

»Aprended a hacer el bien; buscad la justicia.

- »Protegido al oprimido.
- »Haced el derecho al huérfano.
- »Defended la viuda.»

Cantando así, el gran poeta hebreo ascendió a las más elevadas cimas de la moral humana, y a la nación que le había producido se le podían predecir los más gloriosos destinos.

El sentimiento de la solidaridad nacional, el espíritu de familia, fué uno de los rasgos más característicos de la fisonomía moral del antiguo Israel, y para los profetas quedó como el resorte esencial, el móvil dominante; sólo que de instintivo, de tradicional que era al principio, llegó a ser en ellos cada vez más reflexivo, consciente y amplio.

Ese sentimiento de solidaridad halló su expresión más alta y más heroica en una figura ideal, bosquejada por el gran profeta anónimo de la época del destierro, cuyos escritos no han sido conservados en el libro de Isaías. Esta figura es la del Justo, del servidor de Jehová.

El servidor de Jehová, es decir, como el profeta lo explica, Israel, el grupo de los verdaderos israelitas conscientes de su misión, es humillado, despreciado de los hombres, en apariencia castigado por Dios, semejante a un cordero llevado al matadero; pero él no abre la boca, y entrega su espalda a los que le pegan, sus mejillas a los que le arrancan la barba, no oculta su rostro a las ignominias ni a las salivas, porque todo eso lo sufre por la iniquidad de todos.

Más conmovedora y superior a la que nos había de dar Platón es esta pintura del justo, que trabaja para el bien de todos y que fué el cuadro que se llenó después con la imagen de Jesús. Y esta página se hace más interesante considerando que la colectividad por la que acepta el servidor los más crueles sufrimientos no era, según parece, en el pensamiento del profeta el pueblo israelita exclusivamente, sino el conjunto de las naciones humanas.

He ahí el profeta que rompe franca-

mente el círculo del patriotismo judío para llamar todos los pueblos al bienestar y a la regeneración:

«Venid a las aguas todos los sedientos, hasta el que no tenga dinero.

»Venid, comprad y comed.

»Venid a comprar leche y vino sin dinero, sin pagar nada.

»¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?

»¿Por qué trabajáis para lo que no harta?

»Escuchadme y comeréis lo que es bueno.

»Y vuestra alma se deleitará con manjares succulentos.

»Escuchad y venid a mí.

»Escuchad y vuestra alma vivirá.

»Pacto con vosotros eterna alianza.»

Véase, en fin, el gran iniciado hebraico que se eleva hasta la concepción de las justicias definitivas:

«...Los que hayan amasado el trigo lo comerán.

»Y alabarán al Eterno.

»Los que hayan cosechado el vino lo beberán

»En las paredes de mi santuario.

»...Construirán casas y las habitarán.

»Plantarán viñas y comerán su fruto.

»...No trabajarán en vano.

»No tendrán hijos para verlos perecer,

»Porque formarán una raza bendita por el Eterno.

»Y sus hijos estarán con ellos.

»...No se causará daño ni perjuicio

»En toda mi santa montaña,

»Dice el Eterno.»

Siéntese admiración ante el más grande de los antiguos judíos, que fué también un patriota de genio y salvó su nación de los asirios de Senaquerib por la alta y hábil política que inspiró al rey Ezequías. En *Job*, Isaías se eleva a la más alta filosofía por una poesía irresistible. Tal hombre debía morir mártir. El tirano moloquista Manasé, lo hizo serrar entre dos tablas.

Los profetas Amós, Oseas, Jeremías, Ezequiel, Daniel y Nehemías merecen especialmente participar de la misma gloria. Como Isafas, combatieron por la forma religiosa y política y contra el moloquismo sangriento y retrógrado de que Samuel, David, Elías y Eliseo, a quienes una falsa leyenda ha ceñido inmerecida gloria, fueron los más nefastos representantes.

Rasgo singularmente raro, quizá único entre los reveladores religiosos: los profetas llegaron a tener el claro sentimiento de que su misión era profesional. Como profetas, anunciaron un tiempo en que serían inútiles:

«He aquí—dice Jehová—la alianza que pactaré con la casa de Israel después de esos días:

»Pondré mi ley fuera de ellos

»Y la escribiré en su corazón...

»Éste no enseñará ya a su prójimo

»Ni aquél a su hermano, diciendo:

»Conoced a Jehová,

»Porque todos me conocerán,

»Desde el más pequeño al más grande.»

¡Un tiempo en que las leyes serán superfluas; en que cada conciencia individual comulgará directamente con aquel que es símbolo del bien común! M. Lods dice a este propósito: «¿Quién osará decir que esta autonomía verdadera haya pasado ya y que no hay que decir a la conciencia moderna?»

Los profetas innovadores fueron ciertamente altos iniciados; sintiéndose victoriosos, ¡qué impulso hubieran dado a la humanidad! Con ellos, ¡qué lejos estamos de la estrechez utilitaria y del talión mosaico! Desgraciadamente, no Isafas, sino Moisés, fué el consagrado, por la casualidad de la historia, predecesor del cristianismo, y de ello se resintió mucho la moral cristiana.

Ésta es la que vamos a examinar ahora.

PAÚL GILLE

La doctrina racional del siglo XX

I

Unidad de la materia, de la fuerza y del espíritu

La gran enciclopedia geográfica e histórica que hizo Eliseo Reclus es y será una obra única en su género. Con la fuerza paciente y reflexiva que caracterizaba a esta poderosa personalidad, tan heroico iconoclasta como prodigioso constructor, Eliseo edificó un monumento magnífico y grandioso a la gloria del espíritu humano, un templo intelectual hacia donde todas las razas humanas, en fin reconciliadas, vendrán un día a comulgar en unánime movimiento de amor fraternal.

Pero el estudio de los pueblos y de los lugares por ellos habitados, en el tiempo y en el espacio, no es más que una parte, la más inmediatamente accesible, de esta vasta enciclopedia de los conocimientos humanos cuya construcción será obra de las generaciones

que vienen, en el curso del presente siglo. Tal obra, que se presenta cada vez más como una necesidad real de nuestra época, reunirá un cierto número de espíritus generalizadores, sin prejuicios ni resoluciones tomadas de antemano, quienes llegarán a ponerse de acuerdo sobre los hechos-principios de la dinámica universal. Para estar en aptitud de hacer una elección juiciosa de materiales científicos, de agruparlos en su rara lógica, de sacar de ellos la médula y de unirlos en un todo sintético, deberán esos trabajadores tener ya ideas justas sobre la naturaleza íntima de la substancia, un conocimiento preciso de las propiedades físicas, dinámicas y psíquicas de sus partes elementales, una comprensión muy clara del proceso de las ac-

ciones y reacciones incesantes de que son teatro los agregados materiales. «Conócete a ti mismo», decía Sócrates. «Para ello—responde la filosofía moderna—debes tratar de bien conocer ese ambiente del cual ha sacado la naturaleza los materiales que constituyen tu cuerpo».

De esta naturaleza íntima de la substancia universal, son muy pocos los que tienen una idea neta a estas horas; son muy pocos los que han penetrado su secreto sin mezclar prejuicios corrientes o ensueños desprovistos de base científica, o sin oscurecerla con el abuso de las fórmulas algebraicas. Sin embargo, si el secreto del Kosmos no es hoy mejor conocido, no es menos cierto que desde la aurora del presente siglo nos habría sido posible conocerlo. Van ya cuarenta años de que los primeros principios de la dinámica universal fueron establecidos sobre certidumbres axiomáticas. Hace más de diez años que una obra enciclopédica, desgraciadamente no comprendida y olvidada desde hace mucho tiempo, ha revelado tal secreto a los que han estudiado serenamente esta magistral síntesis de la ciencia. Gracias a una inducción genial de Clemencia Roger, poseemos hoy la prueba brillante de que el substratum del mundo es a la vez *espritu*, *fuerza* y *materia*, que es eterno e indestructible, que llena el espacio entero con sus mónadas indefinidamente expansibles, eternamente vivas y activas. Gracias a esta hipótesis original, comprendemos que el Kosmos es el teatro de una perpetua lucha de fuerzas que no se convierten en movimientos sino allí donde las fuerzas antagonistas son desiguales.

Así, la fuerza, causa del movimiento, es una propiedad del átomo, es algo incluido en el átomo; pero no se gasta inútilmente en torbellinamientos vertiginosos, como lo proclama la escuela energetista, sin dar en apoyo ninguna prueba lógica; ni se entrega a los inexplicables movimientos que gratuitamente admite la teoría de los gases de Clausius. No es la fuerza una propiedad de la materia, compatible

con la existencia de átomos inmóviles, puntos geométricos separados por espacios vacíos y sostenidos por sí mismos, sin contactos mutuos, como querían los antiguos atomistas. No es tampoco una enigmática potencia atractiva que haría a los átomos acercarse incesantemente entre sí. Ninguna de tales hipótesis tiene valor científico, porque ninguna puede explicar el proceso lógico de los fenómenos naturales.

Si se admite, al contrario, que, a partir del centro del átomo expansible, la fuerza irradia hacia su periferia para rechazar por todos lados los átomos vecinos, dotados a su vez de elasticidad y de expansibilidad radiante, el mundo fenomenal se explica al punto y la mayor parte de los problemas científicos no resueltos se iluminan instantáneamente con una viva claridad.

Perpetuamente en lucha en el Kosmos, las fuerzas atómicas se anulan por pares opuestos ahí donde existe igualdad perfecta entre las fuerzas presentes. Solamente donde hay diferencias entre las fuerzas antagonicas, se produce una ruptura de equilibrio y las diferencias se traducen en movimientos. Así, la suma de las fuerzas que se gastan en movimientos, es decir, la suma de las *fuerzas vivas* sería muy inferior a la de las *fuerzas muertas*, que se anulan por sí mismas a causa de sus rivalidades recíprocas. Dada la igualdad volumétrica y dinámica de los átomos de éter, si no existieran en el seno del Kosmos sino fuerzas muertas, fuerzas opuestas por pares siempre iguales, el mundo fenomenal no habría podido producirse jamás. El universo entero sería una especie de Nirvana eterno e indefinido, desprovisto de toda agregación material y de toda existencia consciente superior. La desigualdad de las unidades atómicas en fuerza substancial es la causa de todas las realidades del mundo sensible.

La unidad atómica, centro o foco de emisiones de fuerza expansiva, no es, pues, el punto geométrico sin volumen, el minúsculo grano de arena no deformable, pasivo y sin virtualidades, que

nos representaban los atomistas. Ni es tampoco el sistema solar en miniatura que nos ofrecen hoy los energetistas¹. La unidad atómica no es un milagro incomprensible, un misterio impenetrable para el espíritu humano. Al contrario. El Átomo es una realidad viva, de que puede formarse imagen todo cerebro lúcido; es una individualidad elemental que posee ya en el menor grado posible todas las virtualidades del ser orgánico. En virtud de la oposición de las fuerzas atómicas que obran de todos lados sobre sus superficies, la unidad elemental de substancia llega al conocimiento de su medio inmediato. Es la presencia del

no yo lo que determina el *yo* por la sensación de sus límites. Es la sensación de las fuerzas que le oponen los átomos vecinos lo que solicita a la unidad atómica a reaccionar contra ellas. Un átomo supuesto situado en el vacío absoluto y sin contacto con el menor átomo, permanecería privado de toda sensación y, consiguientemente, de toda volición refleja. No llegaría a la conciencia de su existencia individual. ¡La actividad psíquica del átomo es el resultado, la consecuencia lógica de su actividad física!

ARISTIDE PRATELLE

(Seguirá)

Aspecto médico-social de las infecciones sexuales en el matrimonio²

III

¿Cómo luchar contra la presencia de las enfermedades venéreas en el matrimonio?

Es este un problema de solución compleja, porque no es un hecho aislado, limitado perfectamente, sino, como hemos ya dicho, es una parte del problema sexual, y es éste, con todos sus componentes, el que debemos solucionar.

No es persiguiendo a la prostitución como conseguiremos sanear el matrimonio; porque la prostitución tiene fundamentos arraigados que le aseguran larga y próspera vida, y para hacerla desaparecer es preciso reformar toda la sociedad.

Ella está avalorada por noble abo-lengo. Sacerdotes de antiguas religiones le dieron alcurnia divina y en muchos pueblos se basó en principios religiosos, quizá como supervivencia del matrimonio comunista. Hoy, ella deriva de nuestra organización social: «en la inmensa mayoría la prostitución es hija de la miseria», dice Charles Albert, y aunque quizá no siempre

revista esta simplicidad, ya que, según Feré, «ciertos grupos de prostitutas son más anormales que los grupos criminales a quienes pueden ser comparados»; pronto o tarde en la condición miserable de la mujer, sobre todo en la pésima retribución de su trabajo hallaríamos los motivos de su prostitución. La sociedad no puede combatirla sin combatir sus fundamentos económicos.

Pero al mismo tiempo ella está encargada de una alta función social. Aunque parezca paradoja, ella es la salvaguardia del matrimonio; entre los célibes, sirviendo de válvula de seguridad a su impulsividad sexual; entre los casados, sirviendo de garantía a la continuación e indisolubilidad del matrimonio, permitiendo una poligamia vergonzante que les desquite del aburrimiento de un hogar sin amor, falto de idealidad. Cuando Luis IX de Francia, en 1254, y María Teresa, en 1751 a 1769, intentaron perseguir la prostitución, aumentaron el número de adulterios y la clandestinidad en el comercio sexual. «Aparta a la ramera del consorcio humano y verás cómo todo queda trastornado por las livian-

¹ Con los cuales está el traductor de este trabajo.

² Por falta de espacio, suprimimos el cuadro patológico de la sífilis.—L. D.

dades», dice san Agustín. «El más alto grado del vicio —dice el historiador inglés Lecky,—la prostitución, es, al mismo tiempo, el escudo más positivo de la virtud. Sin ella, muchas familias en donde la pureza está libre de toda tentación, estarían manchadas... Esta institución envilecida y depravada, satisface las pasiones que, sin ella, cubrirían la sociedad de vergüenza y de miseria. En tanto que las creencias y las ideas nacen, se nutren y después desaparecen, esta sacerdotisa eterna queda en pie, encargándose del pecado de los pueblos».

Por esto mismo, en buena lógica, no podemos, en su reglamentación, excedernos con medidas coercitivas, que son una forma de persecución. Ya que no podemos ser justos, evitemos ser crueles. Cuanto más persigamos a la prostitución legalizada, más aumentará la clandestina, y en la persecución de la clandestina nos veremos expuestos a atropellar a inocentes víctimas; así, miles de veces se ha denunciado a la policía de costumbres francesa como atropelladora de jóvenes honestas en la confusión de sus brutales *raffles*.

Tampoco está el remedio en exigir la responsabilidad criminal, además de la civil—que ya se encuentra en muchos Códigos,—para el agente contaminador. La cárcel no es la mejor escuela para hacer hombres honrados, y cuando de ella queremos librar a muchos criminales, considerándolos más bien enfermos que culpables, abriremos sus puertas para el blenorragico y el sífilítico. No es hora ya de los Códigos bárbaros, que tuvieron su razón de ser en otros tiempos porque respondían perfectamente a un estado de la opinión; el pensamiento moderno no debe permitir que combatamos el mal persiguiendo a la víctima.

Cazalis propone que la inspección médica preceda al matrimonio y esta misma idea se recomienda en la obra de Brieu, *Les Avariés*. Es un proceder magnífico, pero tiene el defecto que donde está más expuesto a fracasar es precisamente en las afecciones venéreas. Esta inspección podrá descubrir

muchas enfermedades, la tuberculosis entre ellas, que prohibirán el matrimonio; pero la sífilis y la *blenorragia* pueden ser desconocidas, sobre todo cuando hay un marcado interés en disimularlas; los médicos encargados de la inspección de prostitutas, saben cómo aquéllas pueden ocultar perfectamente la blenorragia, y Gosselin, para descubrirla en una cortesana, tuvo que presentarse con el amante, de madrugada y por sorpresa en casa de ella. La sífilis en estado latente puede pasar desapercibida; la reacción de Wassermann no es signo concluyente cuando es negativa.

¿Qué hacer, pues? Primeramente educar, instruir, hablar claro y alto. Por una falsa concepción del pudor pretendemos ocultar todos estos males, y no es precisamente cubriéndolo de flores como nos libraremos de lo pestilente, sino aventándolo al aire libre. Es preciso enseñar todos los peligros que entrañan las enfermedades venéreas, es preciso enseñar cómo se evitan, cómo se curan; los médicos, los maestros y mejor que todos, los padres, tienen que revelar a la juventud las enseñanzas que de estos hechos se desprenden.

Es, en verdad, extraña la lógica de los padres. Ellos, de sobra saben por propia experiencia que lo que recatan contar a sus hijos y a sus hijas, un amigo o una amiga se lo revelará, que se lo revelará groseramente, estúpidamente, y no obstante, prefieren que de su iniciación en los secretos de la vida se encargue el vicio antes que la serena explicación científica. Aun no han calculado los grandes males a que exponen a sus hijos con su silencio, no quieren turbar la paz de su espíritu y esperan que esta paz la turbe una fuerza ciega, ayudada por una fuerza pervertida, el instinto sexual despertado y conducido por el vicio sexual. «No se debe olvidar que la ignorancia del mal no es la virtud», dice precisamente respecto de este mismo punto un sacerdote, Fonssagrives.

Su sistema de educación moral es, como afirma Mme. Necker, una edu-

cación negativa; todo el secreto consiste en ocultar el mal, pretendiendo así rehuir su influencia. Pero el mal se vuelve audaz con el silencio; por eso la doctrina del silencio tiene que desaparecer. No es nuestra ciencia la que nos hace malvados, sino nuestra ignorancia. «He conocido (dice Fonsagrives), una multitud de gente joven, arruinada física y moralmente, porque sus padres no los habían ni advertido ni instruído; y no he conocido ni uno sólo que lo haya sido porque sus padres le instruyesen demasiado joven».

Es preciso salir de este mutismo ridículo e inmoral, porque hablando para los hijos, teniendo presente su alma tierna, a quien vamos a interesar en el secreto de la Naturaleza, es como crearemos y extenderemos una nueva moral sexual; para hacernos dignos de la inocencia de los oyentes, propagaremos en formas sencillas y delicadas el problema de la vida y del amor; pensando en ellos aniñaremos nuestra alma, purificaremos nuestra alma, olvidando torpes chabacanerías de viejos marrulleros, encantando al mundo a la mágica palabra de un ideal nuevo. Lentamente haremos comprender a nuestros hijos el misterio sublime de la vida que en ellos duerme, y el misterio de la vida es el más puro de los poemas, es el más tierno cuento de hadas: «La Naturaleza (dice Mme. Leroy-Allais), no necesita que se ponga la mentira a su servicio; ella vale más que nuestras más sutiles invenciones.»¹ Para bien de la sociedad no debe permitirse ya que el hombre y la mujer se casen como ahora, con la mayor de las ignorancias, cuando no con la más pervertida de las ignorancias.

Esta educación hay que ayudarla cambiando la concepción vulgar del matrimonio, teniendo en cuenta no sólo la satisfacción sexual pura, sino también el amor, su sutilización en el espíritu humano, y añadiendo, ade-

más, la condición específica. «El matrimonio perfecto—dice el Dr. Roux,—es aquel que, propuesto por el amor es aceptado por la razón». Pero la razón tiene que venir apoyada sobre las tiernas espaldas de los niños; pensemos que con ellos vamos a fundar un nuevo mundo. El amor y la raza, he ahí el objetivo del matrimonio. «Será también necesario—dice la profunda escritora sueca Ellen-Key—que el matrimonio deje de ser una solución práctica para la clase media, como la prostitución lo es aún para las clases pobres». La solución práctica para la burguesía es sinónimo de solución económica y se tiene que colocar el apareamiento sexual en un punto de mira más noble que el de su aspecto económico. Este tiene que borrarse por completo, sobre todo en su condición más grosera, cuando significa una venta. Suprimir el dote, recomienda Cazalis; excelente consejo, porque en los hechos que cuentan Diday, Fournier, Jullien y todos los médicos que se han ocupado de estos asuntos, siempre o casi siempre la resistencia del enfermo a demorar su casamiento se funda en el temor de perder una rica dote.

Pero también hay que educar de otra manera a la mujer de como se la educa ahora. En busca de buen partido para sus hijas, las buenas madres les dan una educación muy parecida a la que se daría a un hetaira; se las instruye para bellezas profesionales con toda su artificiosidad y efectos escénicos. Su ideal no tiene que ser parecido al de la cortesana; su ideal tiene que responder a su condición de mujer, de esposa, de madre. Si «es preciso que el hogar reconquiste a la mujer» como quiere Ellen-Key, tiene que ser a condición de que esté capacitada para ello. Tiene que ser a condición de que su enseñanza no esté encargada al modisto, sino que se arranque del alma de la Humanidad y en su anhelo funde sus anhelos, y en su grandeza funde su ideal. No es que yo quiera que la mujer haga del desaliño y de la fealdad una virtud, eso

¹ En contra de este principio se han decidido a caminar nuestros colegas *San Selervin* y el *Boletín de Educación Pública*. L. D.

nunca: hago del culto a la belleza un motivo de progreso para los hombres. Pero mi ideal de belleza es fuerza y salud; mi ideal de belleza es hecho de carne, de gracilidad y esbeltez en la carne. La bella ideal tiene que resistir a la prueba de mostrarse desnuda y saliendo del baño como la Venus griega.

Pero también hay que hacer más libre el matrimonio. Hacerlo más libre es dignificarlo, hacerlo más libre es hacerlo más sano. Es preciso que se establezca el divorcio tan ampliamente, que baste la voluntad de uno de los esposos para concederse. Razones morales y razones sanitarias avaloran esta mayor libertad; nada abona el hecho de que un degenerado moral o físico esclavice junto a sí a un ser normal.

Cuando el amor no es lazo que une a los esposos, su matrimonio constituye un serio peligro social; sólo en el amor encontraremos el ejemplo de una sana moral, y sólo en el amor se hallarán las condiciones necesarias para la creación de hijos fuertes, sanos e inteligentes. «¡Plebeyo!—dice Shakespeare, por boca de un bastardo—ya que en el acto vigoroso y clandestino de la Natureza, recibí una sustancia más abundante y elementos más fuertes de los que suministra una pareja extenuada que, en tálamo insípido y languidecente, se ocupa sin placer en la creación de una raza de abortos engendrados entre el sueño y la vigilia!» El escultor noruego Vigeland, representa el drama conyugal, este divorcio de almas condenadas a vivir juntas, por un hombre y una mujer que están de espaldas, mientras sus miradas se dirigen a puntos diametralmente diferentes. «Dos esposos sin unión ni amor mutuo, son, no ya dos miembros de un mismo cuerpo, sino dos fieras de naturales diversos, amarradas a una misma cadena; son dos pequeños tiranos de una casa que se tiranizan mutuamente y a la familia», dice Lorenzo Hervas y Panduro. Cuando en el hogar la indiferencia y el desamor entran, está roto el contrato; el amor es para

los hombres libres, no para los esclavos; cuando el matrimonio signifique esclavitud, quererlo perpetuar es un atentado contra la dignidad humana, se comete un acto antisocial.

Cuando esta mayor extensión del derecho de divorciarse tenga realidad, no serán ni con mucho tan frecuentes las infecciones venéreas conyugales y familiares. El hecho es lógico: cuando conozca su enfermedad y los peligros que ella reporta, el hombre o la mujer que la padezca, cuidará de no casarse en plena evolución y poder contagioso, si sabe que la víctima puede inmediatamente separarse de él. Porque entonces resultarán peligrosos los hechos de este género, porque si no la cárcel, una fuerte indemnización deberá exigirse para la víctima.

Rodeando las causas de divorcio de condiciones de discreción necesaria para evitar que el temor al escándalo público contuviera a espíritus apocados y exageradamente prudentes; evitando, por otra parte, atolondramientos y abusos no acordando la separación definitiva hasta pasado un lapso de tiempo más o menos largo (de uno a tres años), en que la demanda de divorcio será ratificada; asegurada la custodia de los hijos, cuando los hubiera, al cónyuge más digno, la libertad y la sanidad humana recibirán una franca garantía de su desarrollo y progreso. Para el bien del hombre, para la mujer, para el bien del hijo, hay que instaurar esta fórmula de separación, libertando y ennobleciendo el matrimonio; una vez más nos opondremos, con la libertad, a los abusos del libertinaje.

Y concluyo.

Estos son los remedios que, a nuestro entender, son capaces de salvar a la humanidad de aquellos peligros que hemos anunciado en el transcurso de nuestra disertación. Quizá en ellos se notará que hemos hablado de medios sociales exclusivamente para salvaguardarnos de los males venéreos, y no hemos dado importancia a los medios médicos e higiénicos, no men-

cionándolos siquiera. Es que, a nuestro entender, no tienen importancia alguna. Con buena voluntad por mi parte, y mayor por la vuestra para escucharme, hubiera podido mencionar lavados, e irrigaciones, antisépticos, substancias aisladoras que prometen al individuo evitarle estos males. Pero sus promesas son vanas casi siempre, son ineficaces los medios propuestos, y, sobre todo, son mezquinos sus resultados. Las infecciones sexuales son una enfermedad social y como la tuberculosis, el alcoholismo, las degeneraciones, su profilaxia rebasa ya los límites de la ciencia médica para encargarse de ella el sociólogo reformista. El mal está en las entrañas de la sociedad, y hasta allí debemos llevar el remedio, si es que no queremos que el fracaso remate nuestras tentativas; estas enfermedades sociales no podemos curarlas más que con remedios sociales. Por eso en Medicina vamos

escribiendo lentamente y en silencio en nuestras banderas un ideal reformista, un ideal revolucionario. No nos sirven, para explicar la causa de la enfermedad los microbios y los datos de la anatomía patológica; ellos, a su vez, son un síntoma y la causa primera, la que está más allá de lo que puede descubrir el microbiólogo, la que hay que observar con la atención y serenidad del científico, pero que hay que entender con corazón de hombre; la que no es sólo Verdad sino Amor, la hallamos en los graves defectos de nuestra organización social. A esta causa primera debemos aplicar el remedio.

La Medicina social no debe ser patrimonio de timoratos, ni de ambiciosos, ni de egoístas. Ella sólo puede ser ejercida por los hombres libres, por los fuertes, por los justicieros.

DR. J. AGUADÉ MIRÓ

El título

¿Qué hacer con los desocupados?—preguntan las ciudades.—¿Cómo labrar las tierras incultas?—interrogan los campos.—Ved todo el problema de la miseria. Cien mil hombres que quieren trabajar; quinientas mil tierras demandan cultivo. ¿Quién impide que estas necesidades se satisfagan? Una organización, una sociedad, un Estado. Pues bien, esta organización es defectuosa. Sus prohombres no tienen derecho a hablar de caridad.

Un genio providente encontraría las calles de las grandes ciudades pobladas de menesterosos y los muelles de los puertos abarrotados de emigrantes, e impulsado por una compasión verdadera, les llevaría a las campiñas y ante las grandes extensiones de tierra labrantía, hecha estéril por el abandono, les diría: «Trabajad y comed». En los rostros de los desvalidos aparecería una mueca de desesperación y de abatimiento. «Las tierras tienen dueño—dirían y nosotros no podemos,

sin su consentimiento, cultivarlas». Entonces, el genio de la Piedad dejaría a los vagabundos forzosos y buscaría a los propietarios, creyendo encontrar hombres fuertes, musculosos, recios, bien alimentados, poseedores del ocio y la tranquilidad.

¡Cual no sería su desilución! Acaso, en algunos, toparía con la riqueza y pensaría, con justicia, en la expropiación de los latifundios, inicuamente detentados. Pero en la mayor parte de las comarcas vería al propietario aniquilado, hambriento, falto de fuerzas y de medios para demandar a la tierra sus frutos generosos. En un lado serían los impuestos, en otro los censos, faros y enfiteusis, aquí la usura, acullá los litigios, en todas partes la inacción injusta, lo que impedían el cultivo. Entonces, el genio del Bien, acaso se desentendería de títulos y adjudicaría a cada trabajador su parcela; eximiéndole para siempre de todo pago o tributación onerosa. Y aquel

mismo día el benéfico genio ingresaría en la cárcel como anarquista. Había olvidado que el título es todo, y que la justicia no es nada.

¡El título! Es preciso para todo, hasta para nacer. Una inscripción en libros del Registro determinará si el venido al mundo es legítimo o aduterino, natural o sacrílego, adoptivo o mancer. Ese título habrá de seguirle de por vida. Y cuando su actividad busque orientaciones y su inteligencia tarea, será licenciado o doctor, ignorante o sabio, no cuando lo sea de verdad, sino cuando así lo consigne un diploma. Sin título, no podrá poseer ni acreditar capacidad ni hacer cosa alguna de provecho. Ya puede ser colosal estrategia, que de nada le servirá si no ejerce mando, y para ejercerlo, tendrá que pasar por las líneas interminables del escalafón. No podrá curar sin ser médico, ni defender un juicio sin ser abogado, ni administrar sin tener empleo, ni trabajar la tierra para sí sin ser propietario. La capacidad nada vale; es preciso que el título venga a sentar la ficción. Una vez conseguido, ya puede matar, arruinar, dilapidar a su antojo. A ello tiene derecho, por cuanto lo acreditó, en papel sellado, en debida forma.

Y he aquí que la realidad implacable viene a echar por tierra todo este sistema de ficciones. El hijo legítimo sale a lo mejor un canalla, y el espúreo un modelo de ciudadanos. Médicos sin enfermos y abogados sin pleitos perecen agobiados por su propia ignorancia, mientras otros, que no lo son, se enriquecen con específicos, o con la gestión indirecta de asuntos.

Generales salen derrotados, y soldados rasos conquistan laureles. Porque el título es una ficción. No es médico Pasteur ni Eiffel ingeniero, como puede muy bien Rockefeller no ser propietario rural.

Y esta ficción absurda, intolerable, del título es la que aniquila los campos.

Unas veces, su poseedor no trabaja las tierras y permanece de ellas ausente, limitándose a cobrar el canon o renta.

Otras, el propietario no posee, porque se lo impide de hecho el señor del foro, del censo o de la hipoteca. Aun el propietario rural más feliz se ve obligado a arrastrar una vida penosa y miserable. Eso sí: cada tierra supone un libro de Registro; cada palmo de sembradura, cientos y cientos de inscripciones. El planeta pudiera cubrirse de papel sellado o de oficio.

Estas tierras que contempláis atribulados, fueron de éste y de aquél y de ese otro; fueron hipotecadas y liberadas; se transmitieron por muerte y donación, pagaron derechos de transmisión y reales. Tienen dueño, censualista, forero, acreedor heredero, y recaudador de tributos. La titulación se encuentra corriente. Lo que ocurre es que nadie las labra.

Penosa tarea la de convencer a una sociedad constituida sobre tales bases, a un mundo compuesto de escribas, chupapleitos, zurupetos y correveidiles, de que sólo hay un título de posesión eficaz: el trabajo. El terrón debe ser de la azada, del arado y del pico; no de la certificación de libre de cargas. La profesión debe ser de quien sabe, no de quien ostente un diploma; la riqueza, de quien con su labor la conquiste. Todavía faltan muchos años, tal vez muchos siglos, para restablecer este sencillo y primitivo criterio. Entretanto, seguiremos condenando a profesores sin profesión, sabios sin sabiduría, propietarios sin propiedad, campos de cultivo sin cultivo, trabajadores sin trabajo e instituciones de buen sentido que no tienen sentido común.

ANTONIO ZOZAYA

ALBUM RENOVACION

COMPRE la colección de postales fotográficas

Fragmentos

El único medio — esto lo sabemos todos — es predicar con el ejemplo. Nada mejor que el ejemplo. Y este ejemplo no hasta darlo luchando consigo mismo. Esto no será suficiente. La juventud es excesivamente sensible. La menor nota falsa en la vida del luchador hace desaparecer, a los ojos de la juventud, todo el encanto y la aureola que le rodea. Es preciso que cada paso de nuestra vida esté en armonía con el fin supremo que nos proponemos alcanzar.

Si uno es autoritario en la familia; si uno es servil con los poderosos o solamente con las autoridades; si no usa del espíritu de crítico benevolente, y si al mismo tiempo se critica siempre a los otros; si uno no se posesiona del entusiasmo que nos permite pasar ligeramente sobre los detalles, para ver siempre nuestro grande, nuestro soberbio fin — todo esto puede pasar desapercibido en la propaganda entre hombres de edad. ¡Pero la juventud! La juventud ve todo esto inmediatamente. La contradicción entre la vida y el ideal, el lado mezquino de las querellas de partido cuando la discusión deja de ser discusión de principios (ésta puede ser tan apasionada como quiera: y debe serlo, ya que se trata de saber «qué hacer»), y se convierte en asquerosa rivalidad de personalismos...

De todo esto se aprovecha la juventud en el fondo. Y en todo esto, nosotros, los padres, continuamente sembramos las primeras dudas.

Habría mucho que decir en favor del método científico...

PEDRO KROPOTKINE

* * *

Si la ciencia nos hace vislumbrar en el porvenir la imagen del globo transfigurado, ella sola no podrá, sin embargo, terminar la gran obra realizable.

A los progresos en conocimiento deben corresponder los progresos morales.

Mientras los hombres luchan por

desplazar los hitos patrimoniales y las fronteras ficticias entre pueblos; mientras el suelo fecundo sea enrojecido por la sangre de infelices alocados que combaten, ya por un pedazo de territorio, ya por una cuestión de pretendido honor, ya por pura rabia, como los bárbaros de antaño; mientras los hambrientos busquen, sin poderlo tener seguro, el pan de cada día y la nutrición del espíritu, la Tierra no será, ese paraíso que la mirada del investigador percibe a través del tiempo.

Los rasgos del planeta no tendrán su completa armonía si los hombres no se han unido antes en un concierto de justicia y de paz.

Para llegar a ser verdaderamente bella la «madre bienhechora» espera que sus hijos se hayan abrazado como hermanos y que hayan pactado por fin la gran federación de los pueblos libres.—ELISEO RECLUS.

* * *

La guerra puede definirse con una sola palabra: violencia. Un lobo hambriento encuentra a un cordero en el bosque; lánzase sobre él, lo mata y lo come. Esta es la guerra, porque para declararla no es de precisión que la fuerza de los combatientes sea igual. Aun es buena condición ser mucho más fuerte que el adversario.

Otro lobo encuentra al matador del cordero; quiere robarle la presa, gruñe y le muestra los dientes. Esto también es la guerra. Porque no es preciso que los combatientes sean de distinta familia para declarársela, sino que los hermanos se batan unos contra otros.

Llega el hombre a su vez; quiere castigar al lobo que le comió el cordero... y llegue tarde o temprano, pelea, y con su palo, su hacha o fusil traba la lucha. No es porque el hombre tenga más razón por lo que mata al lobo; lo hace porque es más fuerte.

Tal es la esencia de la guerra: asegurar el triunfo del más fuerte, no del más justo.—CARLOS RICHEL.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Janmes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Victor Catalá.
Dios salve á la Reinal, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Nerto, Federico Mistral.
El lunar, Alfredo de Musset.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable?, W. Le Queux.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El reflujo, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.

EN PRENSA

Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las Rocas Blaucas, Eduardo Rod.
Las dos vidas, Eduardo Marquina.
La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Nuestras hermanas — ¿Culpable? — Su Majestad — El reflujo
MARIA

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

En la Sociedad de Agencias Editoriales DE FALCO & ZELEDÓN

Están á la venta las siguientes importantes obras:

Un drama bajo Napoleón I

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: \$ 0.50.

El misterio de Clomber

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: \$ 0.50.

Varias Historias

por MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: \$ 1.00.

A bordo y en tierra

por FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: \$ 2.00.

La gloria de don Ramiro

por ENRIQUE R. LARRETA. Un tomo empastado: \$ 1.50.

Brazo y Cerebro

Revista sociológica ilustrada. Número suelto: \$ 0.30.

Album Renovación

Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vale 2 colones y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Reclus, Zola, Ferrer, Lorenzo, Michel, Bakunin, Faure, Gori, Hamon, Ugarte.—Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: 1 dolar oro americano.

Vida anarquista

por ANSELMO LORENZO. Un tomo en rústica: \$ 0.50.

Coeducación

por LAUREANO D'ORR. Conferencia: \$ 0.20.

Entre campesinos

por ENRIQUE MALATESTA. Folleto comunista: \$ 0.20.